

DANIEL HOPENHAYN

**La
política
se metió
conmigo**

Conversaciones con

Carolina Tohá

Ariel

Índice

1. La política	
Mientras más difícil, mejor	11
2. El primer mundo	
La niña, la hija y la nieta	27
3. La tragedia	
Y lo que uno hace con ella	51
4. México	
Las capas del exilio	69
5. Moy	
La otra cocina	83
6. Caen los muros	
La FECH, el socialismo y el No	93
7. Esos años noventa	
Identidades en transición	113
8. El eslabón perdido	
Entre Lagos y Bachelet	131
9. La renegadura	
Ni jóvenes ni viejos	149
10. La comuna y el liceo	
Las batallas de Santiago	163
11. Un adversario fantasma	
Mujeres en la política	179

12. El pacto que no fue	
Estallido y Convención	193
13. La ministra	
El gobierno de Boric	213
14. Nada testimonial	
La candidata Tohá.....	243
15. Todo al revés	
Las primarias	259
16. La derecha ya viene	
Desatar el lío.....	277
Archivo fotográfico	294

La elaboración de este libro pasó por tantas etapas como Carolina Tohá en el último año y medio. La mayor parte de las conversaciones se realizaron entre enero y abril de 2025; algunas, mientras Tohá aún era ministra del Interior, a la incierta hora en que concluía su jornada de trabajo y en el afortunado caso de que efectivamente concluyera; las otras, cuando ya había renunciado a ese cargo para lanzar su candidatura presidencial. Dos desastres electorales, el suyo en las primarias de la izquierda y el de toda la izquierda en la elección presidencial, dieron motivos para retomar, en enero de este año, un testimonio que tal vez conserva la forma de unas memorias, pero de unas memorias desbordadas por el presente.

El libro se ciñe a la narración de su protagonista. Tras un primer capítulo que perfila su particular manera de vivir la política, lo que sigue es un recorrido por la vida personal y pública de Tohá cuyo hilo conductor son sus propios recuerdos, siempre entrelazados con la historia reciente del país y con el lugar (impuesto o elegido, según el caso) desde el cual le ha tocado acompañar esa historia. Todo esto conforme a los dos compromisos que ella asumió al embarcarse en estas entrevistas. El primero, que se publicarían bajo cualquier escenario, decidiera o no ser candidata presidencial. El segundo, mostrarse. Abandonar, hasta donde fuera prudente, las aprensiones que conciben la función pública y la exposición personal como dos dimensiones en conflicto, y entrar en el terreno donde ciertas preguntas —cómo ha llegado a ser quien es, por qué ve el mundo como lo ve— no necesitan responderse por separado.

El entrevistador se limita a dar por cumplidos ambos compromisos. Le corresponde al lector juzgar lo demás.

1. La política

Mientras más difícil, mejor

A los políticos se les da muy bien contar por qué entraron a la política, pero no tanto explicar por qué se quedaron, o para qué. ¿Usted se hace esa pregunta?

Sí. Hubo una época, de hecho, en que decidí salirme, y me dije que no podía volver hasta saber realmente si quería hacer esto y qué me empujaba a hacerlo. Porque me había visto muy envuelta en política sin haberlo decidido nunca. Siempre lo digo: no es que yo me metí en política, sino que la política se metió conmigo. Entonces, después del plebiscito del 88, decidí irme de Chile para no quedar metida a la fuerza, por decirlo así. Fui a estudiar a Italia —me perdí todo el gobierno de Aylwin— y cuando volví trabajé un par de años en políticas públicas, pero como técnica, no desde la política. Pero al final me terminé metiendo de nuevo. En 1997 fui candidata a diputada, perdí y después me metí de lleno en la campaña de Ricardo Lagos. Y en los momentos en que he estado un poco más alejada, me he dado cuenta de que nunca rompo realmente con esto. ¿Y por qué no puedo soltarlo? Porque, a pesar de todo, reconozco en la política el mayor espacio de transformación en la sociedad. Muchas otras actividades influyen, pero es en la política donde la sociedad se decide conscientemente a sí misma. Y eso me motiva. O sea, lo encuentro maravilloso, en realidad. Por más que uno esté siempre lamentándose de las limitaciones, o de que hay muchas cosas que la política no controla, eso no importa, da lo mismo. Esto es como un juego, es el único lugar donde tú dices “ya, cómo es la sociedad, cómo podría ser, qué hay que hacer para que sea así, cómo nos ponemos de acuerdo para empujarlo”. Y

yo creo que eso, mientras más difícil, mejor. Mientras más difícil, más te cautiva, más te agarra, te toma como el alma.

¿Pero necesita la gratificación de sentir que mueve las cosas, que cada tanto logra hacer el bien? ¿O el juego se alimenta solo?

Yo creo que lo indispensable no es la gratificación. Porque tú puedes vivir en la hostilidad máxima, sentir que las cosas no andan, y sin embargo persistir, persistir, y la gratificación puede llegar algún día. Historias de esas hay por montones. También hay muchos a los que nunca les llegó gratificación, aunque de esos nadie se acuerda. Pero lo que yo, al menos, no tengo carácter para resistir, es sentir que no tienes un espacio colectivo donde ese esfuerzo se plasma, que estás dando una pelea individual. Eso lo encuentro, en política, insostenible. O a mí me resulta insostenible, hay personas que lo logran solas. Yo necesito sentir que esto es parte de algo que me trasciende. Ni siquiera tiene que ser un partido, puede ser algo mucho más vago que eso, un grupo de personas. Pero no puede ser una cruzada individual.

De su generación hacia abajo, a los políticos de profesión les cuesta definirse como tales. Dicen que hacen política, pero decir “yo soy político” es como confesar una debilidad.

Sí, pero yo soy política, qué duda cabe. Además, creo que cualquier otra etiqueta sería aún más difícil de defender. Decir, no sé, “yo soy una observadora crítica de la sociedad”, imagínate. Me la podría sacar con que me gustan mucho las políticas públicas, pero sería lo mismo, porque encuentro que hacer políticas públicas desde la política es mucho más potente que hacerlas desde los roles técnicos. Esto es lo que me gusta realmente.

Descontando su historia familiar, ¿cuándo podría decirse que empezó su vida política, sus primeras actividades de militancia o de formación?

En el exilio, en México. En torno a la Casa Chile, el lugar que teníamos los chilenos allá, había iniciativas para formar —o adoctrinar, para ser realistas— a los niños. Yo tenía once años. Entonces uno iba y recibía unas clases de marxismo, nos hacían charlas, actividades en terreno, campamentos.

¿Era como ser *scout*, pero de la política?

Exactamente. Con una pañoleta, polera blanca y *jeans*. Y nos formábamos, todo eso. Lo que pasa es que esto era una emulación del Movimiento de Pioneros de la órbita soviética. Y en la Casa Chile había dos grupos: los pioneros por el socialismo y los pioneros por el comunismo. Yo me hice pionera por el socialismo, obviamente. O me hicieron, más bien.

Al verla desde afuera, da la sensación de que usted muchas veces lo pasa mal en el poder, pero que está en su esencia cuando lo pasa mal. ¿Disfruta de la adversidad?

Más bien, diría que hace muy poco he aprendido a vivir con la adversidad sin que me someta. Antes me costaba mucho más, me generaba una angustia espantosa. Porque sentía que en cada batalla se peleaba la guerra. Cada batalla en que iba para atrás, o no lograba transmitir lo que quería, para mí era como que estaba todo perdido, era todo muy “patria o muerte”. Hoy tengo más perspectiva de las cosas. Me doy cuenta de que uno puede perder muchas veces y aun así, al final, ganar. O que, cuando no te entienden, no lo están haciendo en ese momento, pero quizás después te van a entender. Probablemente, siendo ministra del Interior lo aprendí por necesidad. Es como cuando le tienes terror a los aviones y te toca volar: o aprendes a manejar eso o te tomas un calmante, pero es imposible soportar con pánico un vuelo entero. Si enfrentara las dificultades de este cargo como en la época en que fui alcaldesa, no habría aguantado, me hubiera destruido a las dos semanas. Pero déjame decirte que yo no lo paso mal, ¿ah? Paso momentos difíciles, pero termino la semana con un balance casi siempre positivo. Pocas veces digo “esta semana fue para olvidar”.

Pero sus experiencias previas en el gobierno habían sido mucho más confortables.

No, porque yo estuve en el primer año de Lagos (como subsecretaria general de Gobierno) y el cuadro era bastante similar. Ya nadie se acuerda, pero la fragilidad de ese gobierno al comienzo era enorme. Todo era cuesta arriba, con una sensación como de peligro, porque había vuelto un socialista a La Moneda y venía

con una sombra de que no lo iban a dejar gobernar. Había un bloqueo salvaje de la derecha, que pasaba por un momento de auge electoral y en esos primeros años fue durísima: ni sal, ni agua, ni pan, ni nada. Y esto en medio de un ciclo económico muy malo, en un país que se había acostumbrado a las vacas gordas. Además, surgieron dos frentes de conflicto en la Concertación: uno por la izquierda, que empezó a horquillar al gobierno por sus concesiones a la derecha, y otro desde el grupo DC de Adolfo Zaldívar, que ejercía su propio bloqueo. Esos conflictos internos ahora serían niños de pecho, pero en esa época parecían una gran tragedia, era terrible que alguien de tu alianza de gobierno te atornillara al revés. Después estuve en el último año de Bachelet 1 (como vocera de Gobierno), que fue un año muy bueno, porque se logró manejar la crisis económica y el gobierno fue percibido como un gran protector. Pero en paralelo a ese éxito, la alianza de gobierno se desmoronaba, se hacía pedazos, con todo el conflicto de Frei y Enríquez-Ominami, esa campaña presidencial desastrosa. Así que igual estabas en el gobierno con la sensación de que venía una derrota.

Pero al gobierno de Boric llegó con la derrota ya consumada, en pleno funeral del Apruebo.

Sí, pero lo que se veía venir era una estampida mucho peor. Era bastante más que esa derrota lo que se sentía que estaba en juego. Entonces, cada caso es distinto, pero al final el gobierno siempre es súper complejo. Siempre hay que jugar en un tablero de ajedrez con muchas piezas, hay factores infinitos que mirar: está la contingencia, está el diseño estratégico, están tus fuerzas, está la oposición, está la opinión pública. Me encanta, la verdad.

Pensé que iba a decir “no se lo doy a nadie”.

¡Pero no, por favor! Si a uno le gusta la política, es realmente apasionante, es una cosa muy entretenida, que te desafía. Y cuando hay etapas duras, es cierto que se pasa mal, pero también son los momentos en que uno pelea contra los desastres. Si la política no solo consiste en hacer grandes cosas, también se trata de lograr que cosas horribles no pasen. Gran parte del tiempo se está en eso. Entonces, cuando hay un desastre, uno no puede decir “no, mira,

yo vine aquí con otra idea”. Eso siempre está ahí. En distintas escalas, de distintos tipos, pero siempre hay unos abismos que te rodean por los cuatro costados.

¿Y en esto tiene sintonía con el presidente Boric? ¿A él también le apasiona estar rodeado de abismos?

A ver, sufrimos hartito igual, no es que seamos olímpicos. Pero tiene sentido, es motivante. Te da una razón para tus días que es muy energizante. Ahora, yo creo que el presidente también tiene momentos bien ingratos. Pasa semanas muy duras, hay cosas que le frustran, que le dan rabia. Y para él es más difícil, porque es el presidente, es su gobierno. Un ministro tiene una cierta libertad, en el sentido de que si la estás embarrando, alguien tiene que decirte: “¿Sabe qué? Adiós”. Y te puedes ir. En cambio el presidente, si la está embarrando, se lleva al país consigo, se hunde el buque junto con él. Creo que los presidentes sufren bastante, la verdad. Y no comparto para nada la idea de que las personas, cuando llegan a ese cargo, se marean con el poder. Si hablamos de los presidentes que he conocido, que a estas alturas son varios, creo que la mejor versión de esas personas se ha mostrado cuando pasaron por ese palacio. Es tan grande el sentido de responsabilidad que tiene en Chile ese cargo, que hace que a las personas el corazón se les ponga en un muy buen lugar.

¿Esa sería una virtud del presidencialismo chileno?

Claramente. Hace que el presidente se sienta muy responsable de lo que pasa, lo que quiera que sea. Y eso mismo le da también una cierta, no diría libertad, sino una especie de deber, un empujón a pagar los costos que haya que pagar, a hacer lo que sea necesario hacer por el bien del país. Suena grandilocuente, pero es así. Eso opera muy fuerte en la cabecita del que está en ese lugar.